

ITURRISAITTU

Al norte del dinámico pueblo de Etxarri-Aranatz se extiende un extenso bosque; en él, a lo largo de varios kilómetros se superponen riachuelos asombrados colinas para soporte del majestuoso robledal y cresterío al horizontes relleno de hayas altivas.

Irumugeta, BEntatxar, Txaradigorri, Askoagaña dividen cuencas pluviales hacia los mares Cantábrico y Mediterráneo; cumbres que limitan lo nuestro de lo de la hermana Guipúcoa.

Bajo una de estas cimas, la de Askoagaña, a la que no le falta una cueva para el misterio, una fuente para la vida, ni una sima hacia el espacio tenebroso, queda a plomo la hondonada de Iturrisaitu; por su nombre brota un hilo de agua de características especiales.

En la mente de todos bullen sus cualidades curativas; molestas enfermedades de piel, siempre de complicado tratamiento y difícil solución, terminan embebidas en las sulfurosas aguas cabe Lizarrusti.

Sus fervorosos apologistas proceden de consumidores sufridos que a sorbo limpio se liberaron de problemas cutáneos. Bien distinto comentario suele hacerse de otro manantial que sale por la grieta de una roca caliza, dos kilómetros más al sur. Agua de excelente calidad, pero a la que se le atribuyen con cierta ironía más que poderes psicológicos; sale en borbotón Elkorrietaoitturri; más familiarmente se dice que quienes beben de dicha fuente de manera asidua de Elkorrieta se vuelven pillos, ingeniosos y algo tramposos.

Sobre este embarrancado paisaje de Elkorrieta planea el misterio en numerosas leyendas e historias de severo aspecto: gentiles, brujas, azufriñantes, incursiones de cuatrerros, contrabandistas y salteadores. Queda de bueno su frescura veraniega y su vistosidad natural acuñada a susto limpio.

Por fortuna aquellas épocas de violencias colectivas, a modo de luchas tribales y las pestes o epidemias aun más desoladoras, quedaron entre las páginas de la historia; una de las cuales, más propiamente como historietas, se desarrolla en el paraje de Iturrisaittu.

Había atravesado el valle del Arakil una negra nube; de la sabiduría de los mayores sabían graves consecuencias, el marcar con mala sombra el espacio sujeto a la infernal furia de la peste.

En los templos nervios de la población a los pocos días la alarma hacía presa; pequeñas manchas blancas aparecían en los brazos; ardientes escozores iniciaban el cambio de coloración enrojeciéndose las zonas afectadas. El mal generalizaba una infección, que terminaba con él en pocos días.

En Batzarre se decidió estudiar la situación; a la convocatoria acudiría tanta gente que solo lo apretado de la situación mantenía un orden expectante por los pasillos y escaleras municipales. Al amanecer del día siguiente saldría cuantos pudiera con la misión de habilitar cobertizos con camastros y hogar junta a la misma fuente de Iturrisaittu.

Todos los apestados obligatoriamente se instalarían allí con orden de no pasar de un radio de 100 metros. Diariamente les llevarían lo necesario, dejándoselo en el punto denominado Emansoro; ni unos ni otros pasarían el límite señalado, para evitar contagios. Al menor síntoma, la persona sospechosa de estar bajo el azote de la epidemia debía ella misma reitarse a la improvisada reserva.

Esta media se tomaba desde siempre en casos similares; de modo que no resultaba tan traumática, al caer en la órbita de la costumbre social dolorosa, pero aceptada con resignación.

Pocos días después la fuente daba muestra de contener el proceso infeccioso; bebían abundante agua, además de sumergirse en una gran cuba, que hacía de bañera; el baño iba después de haber calentado el agua.

Perspectiva tan favorable se comunicó con rapidez al pueblo, necesitado de un poco de esperanza. Sin embargo, la noticia saltó fuera de la población e iba a ocurrir algo, que nadie pudo sospechar. Después de una noche de luna llena acudieron con dos parejas de bueyes, como otras veces, a llevarles ropa, comida y comprobar la buenas nuevas. Al punto de la entrega, cosa extraña no acudió nadie; esperaron un buen rato, pero sin resultado; dieron grandes voces e irrintzis, avisando de los víveres, sin que nadie diera señales de vida.

El más joven del grupo quería ir a Iturrisaittu con objeto de comprobar lo extraño del caso; le explicaron la prohibición de cruzar el mojón por orden del Bazarre. El insistía en la rapidez con que haría el recorrido y en que la peste parecía en vías de ser detenida e incluso vencida por el agua de la fuente. Fueron hechas las recomendaciones obligadas para evitar contactos con las personas y las cosas y salió corriendo.

No tardaron en verle volver; no parecía el mismo. Todos pasaron el mojón y corrieron hacia el joven; estaba tan impresionado, que apenas podía hablar y sus palabras carecía de sentido. Volvía la mirada hacia atrás e indicaba el punto de la fuente, y hacia ella fueron. Entraron en los cobertizos y quedaron atónitos; estaban muertos, pasados a cuchillo. Uno que se moría por momentos pudo explicarles lo que veían.

Aprovechando la luna habían llegado gentes extrañas a robar el agua, que consideraban milagrosa. Para evitar testigos, ser contagiados de la peste o por pura maldad los habían matado a sangre fría. Llenaron varios pellejos de agua y desaparecieron con la noche, con el mismo sigilo con el que llegaron.

Con los cuerpos de los desgraciados, llenaron los carros y se presentaron en Etxarri; fue el día de mayor luto e indignación del pueblo; solemnes funerales, tensos entre lágrimas y rabia dieron fin a la peste de la nube negra.

